

y eso al precio que ya hemos dicho, de media República; pero darle los cinco millones de que se habla hablado ¿no era salirse de la neutralidad?

☞ El ministro Romero sacó en limpio, de lo que veía y de lo que le dijo Mr. Seward, que los Estados Unidos agotarían todos los medios de conciliación entre Méjico y las potencias; pero que, declarada la guerra, se mantendrían en una tímida neutralidad. Conservaba, sin embargo, una ilusión el representante de la República. Washington intervendría si el objeto de las potencias era cambiar la forma de gobierno en Méjico. Consentiría en que nuestro país fuese expoliado, pero no intervenido. Esta ilusión de Romero coincidía con una de Seward. El secretario de Estado no creía aún que se tratase sino de una demostración naval frente á los puertos mejicanos.

☞ D. Matías hablaba lleno de un profundo desencanto á fines de 1861. Veía en Seward un enemigo, dispuesto á explotar las dificultades de Méjico. «Nadie vió con más placer que yo el advenimiento al poder del partido republicano de este país,—escribía nuestro enviado—porque sus antecedentes hacían creerlo animado de ideas verdaderamente fraternales hacia Méjico: nadie concibió esperanzas más grandes que yo, de los resultados que tal suceso había de producir á mi patria, y nadie ha sido más amargamente desengañado.» Este desengaño aumentó cuando pocos días después pudo leer las instrucciones comunicadas á Corwin en abril, y comparar la pomposidad y esplendidez hipócrita de los ofrecimientos, con la miserable rapacidad que salió á luz al llegar la primera hora de nuestras dificultades. En abril se le decía á Corwin que su misión era más elevada que la de un diplomático que remueve intereses comerciales: debía prometer una política sin ambiciones, sinceramente americana, en el sentido continental de la palabra, una política fraternal, no de una fraternidad diplomática y afectada, sino de una verdadera unión espiritual, pues los Estados Unidos trataban de fomentar la prosperidad de ambas naciones y la unión de todos los pueblos republicanos del mundo. Muchas palabras y mucha emoción; pero á la hora del apuro, hipotecas, dogal, bribonadas para ver cómo nos libraban de Europa y nos cogían en sus trampas. ¡Y al hombre que se hizo inspirador y director de esta política, hemos estado á punto de elevarlo hasta la deificación!

☞ D. Matías pensó que, dadas las dificultades interiores de los Estados Unidos y la malevolencia de Seward, convenía sugerir un plan que había formado, mediante el cual podía adquirirse á poca costa el auxilio norteamericano. Ese plan consistía en que los Estados Unidos viniesen á Méjico, aceptando la invitación de las potencias signatarias de la convención de Londres. El plan era bueno, porque sin peligro se podía sacar de la intervención norteamericana un nuevo elemento de división en las conferencias y un refuerzo á las disposiciones liberales y ponderadoras de Inglaterra. No hubiera dado resultado, como no lo dió

la unión de ingleses y españoles contra los comisarios imperiales; pero nada se habría perdido con la prueba. A pesar de todo, Seward, que ya había madurado su plan de abstención, dejó caer suavemente el proyecto de Romero que contaba con algún apoyo en el Gabinete, y limitó la acción de los norteamericanos á decir, en respuesta á la notificación de la convención de Londres, que los Estados Unidos pagarían por Méjico si esta nación aceptaba las condiciones que se le impusieran y si el tratado de auxilios pecuniarios se concluía y ratificaba legalmente. Era decir mucho por la forma y nada en substancia para limitar las ambiciones europeas.

☞ El asunto pasó de las manos de Seward á la comisión de relaciones del Senado, para que Mr. Corwin tratase con Méjico de acuerdo con instrucciones del cuerpo que había de aprobar en último resultado el convenio que se hiciese. Mr. Sumner, presidente de esa comisión, y, como tal, copartícipe en la dirección de la política internacional, habló con toda franqueza. No debía darse auxilio á Méjico. ¿Para qué? El préstamo no desbarataría la coalición, y daría como resultado la mala voluntad de Francia y España, naciones cuya benevolencia necesitaban con apremio los Estados Unidos, pues había entonces grandes temores de una guerra originada por la captura de los comisionados sudistas Mason y Slidell, á bordo del vapor correo inglés TRENT.

☞ El insulto á la bandera británica fué consumado sin órdenes superiores por el capitán de la fragata norteamericana SAN JACINTO; pero conocido el hecho, produjo una satisfacción de tal modo desbordante, que al capitán Wilkes fué oficialmente felicitado por el secretario de Marina, premiado por la Cámara de Representantes con una medalla de oro y declarado héroe por la prensa, «como si hubiera ganado una batalla».

☞ Discuten los biógrafos de Mr. Seward si el secretario de Estado participó de aquella elación pública que estuvo á punto de ser funesta para los Estados Unidos. Algunos se inclinan á dudarlo. Nosotros, con el testimonio de D. Matías Romero, podemos asegurar que Seward no estuvo á la altura de sus responsabilidades, pues habló con júbilo de la captura de Mason y Slidell, que daba á Inglaterra coyuntura para romper con los Estados Unidos y que en todo caso se la dió para humillar al Gobierno de Washington.

☞ Así, pues, todos los hombres previsores, entre los que por entonces no se contó Mr. Seward, temían las consecuencias de la conducta del capitán Wilkes, cuando los asuntos de Méjico pasaron á la comisión del Senado. Mr. Sumner, como hemos dicho, alarmado por la cuestión pendiente con Inglaterra, habló con toda esta franqueza: «No vemos que nos resulten ventajas en hacer un préstamo á Méjico.»

☞ D. Matías trató de probar que la expedición contra Méjico era una expedición contra los Estados Unidos; pero él mismo no estaba convencido de que en la situación comprometida del Gobierno federal, cuando éste procuraba por todos los medios evitar un conflicto con Inglaterra, fuera conveniente para nuestros vecinos romper lanzas por nosotros. Ya Mr. Montgomery Blair había dicho que mientras durase la guerra, podía hacer Europa lo que quisiese de nuestro

pais y de la doctrina de Monroe; pero á los seis meses, término que asignaba á las hostilidades y al triunfo de la Unión, se proveería para deshacer lo hecho en detrimento del pueblo norteamericano por las potencias aliadas.

¶ No obstante la renuencia de Mr. Sumner á tomar en consideración los asuntos mejicanos, ante las obstinadas súplicas de Romero para que no se desairase á Méjico, consintió como favor excepcional en no resolver desfavorablemente sobre el proyecto de Corwin. Ya que no podían aprobar el tratado, no lo reprobarían, y para ello optaron por echarle tierra, ó, como ellos dicen, TO LAY THE PAPERS ON THE TABLE.

¶ Aun apremiados por la guerra, los estadistas de Washington pensaban en lo porvenir. Su política internacional tenía por objeto impedir adquisiciones de territorio que diesen algún ensanche al Sur esclavista; pero no limitaba las ambiciones nacionales. En primer lugar, querían influencia creciente, para promover su expansión. Si el temor de que el Sur se levantase más soberbio, les impulsaba á no buscar territorios tropicales ó subtropicales, aconsejaba á la vez que hiciesen de Méjico un protectorado en vez de una tierra de conquista. Además, considerando bien las cosas, su abstención de empresas conquistadoras sólo se limitaba á aquellas que engrandeciesen al Sur, no á las que lo apocasen. Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila eran poco deseables por esa razón; pero agregándoles Sonora y la Baja California, no encerraban peligros de que se ensancharan los intereses ligados á la INSTITUCIÓN PECULIAR: allí la geografía conspiraba contra la esclavitud. Por otra parte, esas nuevas Quiviras, codiciadas por Francia, encerraban á la vez promesas de ricos yacimientos auríferos y elementos para la marina de la Unión. Por el lado del Golfo de Méjico había cierto territorio que el esclavismo desechó algunos años antes y que el mismo apóstol de la expansión vió con desdén. Yucatán se presentaba á los estadistas demócratas y republicanos del Gabinete de Lincoln como una posesión codiciable por ser una de las puertas del Golfo y por presentarse como un excelente receptáculo para la población de color que el Gobierno federal proyectaba sacar del país y enviar á una colonia especialmente destinada á este fin. D. Domingo Goicuría, aventurero que por desgracia tenía entonces algunas facultades del Gobierno mejicano para que le negociase recursos, aprovechando con malos fines personales las relaciones que tenía con Juárez desde los tiempos de Veracruz, abrió pláticas sobre la enajenación de Cozumel. D. Matías no se sorprendió de que procediese así Goicuría, el cual le había revelado cínicamente sus planes de negociar con la integridad de Méjico; pero puso los medios para que se cortase la trama. El Gobierno mejicano, no hay que decirlo, era ajeno á los planes de Goicuría, y no tuvo en esto más culpa que la de haber confiado asuntos de tal delicadeza á un extranjero que no podía suplir el amor á Méjico y el celo por sus intereses con el sentimiento del decoro personal.

¶ Todo iba poniéndose de un color sucio en los negocios mejicanos. Pasado el

primer movimiento de espanto, ya los senadores concebían la posibilidad de dar un auxilio á Méjico sin herir el orgullo de las potencias, esto es, con la condición de que el dinero se aplicara á satisfacer las reclamaciones de los aliados, y no en la forma propuesta por Corwin. El cabildeo de Washington decía cosas poco edificantes: «Hay aquí personas que presentan, bajo una luz no muy favorable, los designios de Mr. Corwin, y explican su conducta de una manera poco satisfactoria. Aseguran que su objeto, al estipular en su proyecto de tratado que se entregara el dinero al agente de Méjico, en Nueva York, es favorecer á un amigo suyo, residente en aquella ciudad y á quien debe favores que trata de recompensar haciéndole ganar, á expensas de Méjico, cien ó doscientos mil pesos, sólo porque pase el dinero por sus manos. El nombre de esta persona es D. Federico L. Barreda, comerciante peruano establecido en Nueva York. Agregan que su objeto al hacer que el dinero se entregue al Gobierno de Méjico sin obligación precisa de aplicarlo á tal ó cual cosa, es hacer pagar con él algunas reclamaciones de ciudadanos americanos, en las que también le atribuyen interés, y citan como ejemplo la del Sr. Ajuria, contratista de la Casa de Moneda de esa capital, por los permisos que concedió el Supremo Gobierno mientras estuvo en Veracruz, para exportar barras de plata.... Los amigos de Mr. Corwin, á su vez, atribuyen á Mr. Seward los designios que los otros imputan al primero. Dicen que Mr. Seward desea que el dinero no se entregue á Méjico, sino que sea pagado por los Estados Unidos á los acreedores, para tener él su manejo y dar una comisión al que lo administre.» Naturalmente, se tenía cuidado de agregar que Mr. Seward percibiría la mitad de esa comisión.

¶ ¿Dónde empezaba la calumnia y dónde acababa la simple difamación? Los amigos de Corwin tal vez mentían: los de Seward acaso decían algo susceptible de rigurosa comprobación.

¶ Romero, pasando sobre la opinión de Sumner, insistía en persuadir á los senadores de que convenía intentar la mediación en el conflicto mejicano. Las potencias, hostigadas por una población irreducible, y en la imposibilidad de conciliar sus pretensiones, convencidas al cabo de que era estéril la prolongación de la lucha, aceptarían de buena voluntad las garantías que les ofreciese el Gobierno de los Estados Unidos.

¶ Parecía que al fin se pondrían de acuerdo los miembros de las comisiones, pero surgió de nuevo la cuestión de garantías. Romero propuso las del proyecto de Mr. Corwin; pero Mr. Sumner pedía la hipoteca de los Estados fronterizos. Hablar de eso era perder el tiempo: ni Méjico, ni los aliados aceptarían la hipoteca que indicaba miras ulteriores: «Si los Estados Unidos, dijo D. Matías, deseaban sinceramente llevar á buen resultado la negociación, debían empezar por poner en ella una cláusula en que se comprometieran expresamente á no adquirir territorio de Méjico.» Con todo, Mr. Sumner seguía reuniendo planes de desintegración de territorio mejicano. A falta de los Estados fronterizos, Tehuantepec y derechos de tránsito calcados del tratado McLane-Ocampo. D. Matías sintió la picadura del reptil y protestaba. Ni eso, ni nada que se le pareciese. ¿No advertían los estadistas norteamericanos que había bastado el permiso de

tránsito de tropas por territorio mejicano para que Napoleón se armase en guerra contra el Gobierno de Juárez? Un tratado de venta ó cesión disimulada exasperaría á las potencias, y, por otra parte, Juárez no lo admitiría, ni sería aprobado por el Congreso.

¶ Casi á fines de febrero de 1862, la comisión de relaciones del Senado presentó las siguientes resoluciones: «Se resuelve: Que en el estado mudable que guardan las relaciones entre Méjico y las potencias aliadas, y careciendo de informes precisos, es imposible al Senado aconsejar al Presidente, respecto de todos los términos de un tratado con Méjico, de manera que se evitara el ejercicio de una gran discreción de parte de nuestro ministro en aquel país, de conformidad con las instrucciones del Presidente; pero que en respuesta á sus dos mensajes sobre la materia, el Senado formula las siguientes condiciones: 1.ª El Senado aprueba los términos de las instrucciones dadas á nuestro ministro en Méjico en el despacho del 2 de septiembre de 1861. 2.ª El Senado no aconseja que se haga un tratado de conformidad con el proyecto que comunicó nuestro ministro en Méjico el 29 de noviembre de 1861; porque en ese proyecto no se asegura de ninguna manera la inversión de los fondos ministrados para satisfacer las reclamaciones de las potencias aliadas ó de alguna de ellas, y no puede ser por lo mismo satisfactorio para dichas potencias. 3.ª El Senado aconseja que se celebre un tratado con Méjico, por el cual se asuma el pago del interés de la deuda que Méjico tiene con las potencias aliadas, durante un período limitado, y también el de ciertas reclamaciones inmediatas de dichas potencias, procurando que la suma total sea la más corta posible, entendiéndose que el reembolso de la misma deberá asegurarse con prendas ó hipotecas de la naturaleza más practicable, sin obtener ninguna adquisición territorial ni hacer ninguna desmembración de Méjico.»

¶ Al fin había entrado el convencimiento de que nada se arriesgaba con intentar la mediación y de que ésta tenía que ofrecerse en términos decorosos para Méjico y sin la añagaza de estipulaciones á la McLane? Nada de eso: en la sesión secreta del 26 de febrero, el Senado desechó las proposiciones transcritas, por 28 votos contra 8, es decir, casi por unanimidad, siendo los votos favorables los de los miembros de la comisión y el de algún amigo de ellos. Méjico salió de aquella discusión, no sólo desairado, sino maltratado por injustos reproches.

¶ Mr. Seward había variado algo en su actitud. Ya no era tan reservado con nuestro representante, ni tan tímido con los de las potencias. Había en este cambio tres causas. La primera, era el refuerzo moral que habían dado á Juárez las diferencias surgidas entre los comisarios al desembarcar en Veracruz; la segunda, los recientes triunfos de las armas federales en el Oeste y la proximidad de la toma de Nueva Orleans, cuyos resultados le parecían decisivos; la tercera, el aguijón que tenía clavado por la dureza con que se le habían echado

encima los senadores en la discusión de las resoluciones mejicanas. Todo esto inspiró su célebre circular del 3 de marzo de 1862 dirigida á los ministros de los Estados Unidos en Europa.

¶ Los Estados Unidos no dudaban de la sinceridad con que las potencias habían declarado su propósito de no buscar ventajas políticas en la expedición mejicana; pero como se hablaba de un cambio en la forma de gobierno de esta nación, el de los Estados Unidos tenía el deber de manifestar que si tal cambio se hiciera bajo la influencia de ejércitos y armadas de Europa, sin duda no podría sostenerse como contrario que era á los sentimientos dominantes en los pueblos americanos, sino mediante una protección permanente de alianzas europeas, sobre todo si el príncipe llamado á reinar en Méjico era extranjero. Ahora bien, una política permanente de intervención monárquica europea armada, sería considerada como perjudicial y hostil al sistema más general de gobierno del continente americano, y esto, agregaba, sería el principio más bien que el fin de la revolución de Méjico.

¶ La nota hasta aquí es irreprochablemente hábil, de una concepción muy armoniosa, formulada en el más puro estilo de Seward; pero el maestro en oratoria diplomática, exaltado por la belleza de su obra, la termina con un toque magistral: «En tal caso, no es dudoso que los intereses permanentes y las simpatías de este país, estarían con las otras repúblicas americanas. No se intenta en esta ocasión predecir el curso de los acontecimientos que pueden sobrevenir, como consecuencia del procedimiento que se contempla, tanto en este continente como en Europa. Basta decir que, en opinión del Presidente, la emancipación del continente y su independencia de toda dirección europea, ha sido el rasgo saliente de su historia durante el último siglo. No es probable que tuviera buen éxito una revolución contraria á ese resultado en el siglo siguiente, dado que la población crece tan rápidamente en América, á la vez que los recursos se desarrollan con igual rapidez y la sociedad se organiza de una manera firme sobre principios de gobierno democrático americano.» Para concluir decía: «Es verdad que el Senado de los Estados Unidos no dió su sanción á las medidas que el Presidente le propuso para prestar nuestra ayuda al Gobierno actual de Méjico, con la aprobación de los aliados, á fin de sacarlo de su situación embarazosa; pero ésta es una cuestión enteramente nacional, y sería un error atribuir tal diversidad de juicios á una discrepancia seria de opiniones en este Gobierno, ó en el seno del pueblo americano, por lo que se refiere á los buenos y cordiales deseos que siente hacia la seguridad, el bienestar y la estabilidad del sistema republicano en aquel país.»

¶ Firmada y enviada esta nota á su destino, que era la más amplia publicidad, Mr. Seward comenzó á saborear su triunfo. Los preliminares de la Soledad acabaron de alegrarle, y luego la resolución definitiva de Francia que aislaba la cuestión desinteresando de ella á las otras potencias, pusieron el colmo á su contento. En presencia de Romero, afectaba no creer que Napoleón intentase de un modo serio establecer la monarquía en Méjico; pero á solas contaba los noventa días que faltaban para que acabara la guerra, y ya redactaba la nota